

esculturas que el emperador encargó para el pronaos ó vestíbulo del templo de Esneh. Memnón le habló todavía; pero fué por la última vez. Por un exceso de celo piadoso, reconstituyó Severo, tal como se le puede ver ahora, el coloso, roto desde el tiempo de Augusto; pero desde el día en que la estatua no presentó ya al sol naciente su amplia fractura de superficie desigual, impregnada de la humedad de la noche, el dios dejó de hacer oír su voz divina.

«Curioso de todas las cosas, aun de las más secretas, humanas ó divinas,» se informó Severo ciertamente de las fuentes del Nilo á que los romanos se habían acercado mucho (1). Dion Casio habla de esto, á propósito del viaje de este emperador, á quien acaso se lo oyera contar, y si se engaña poniendo el origen del río en el extremo del Atlas Mauritano, está casi en lo cierto haciéndolo salir de los inmensos pantanos que se extendían al pie de una alta montaña cubierta de nieve.

Severo se había propuesto entrar en el valle superior del Nilo; pero lo detuvo una peste y el mismo río lo llevó á Alejandría. Allí visitó el sepulcro de Alejandro, el Museo, siempre ocupado en sus estériles trabajos, y la famosa Biblioteca del Serapio, uno de cuyos patios adornaba la columna dicha de Pompeyo aun de pie. Se complació mucho en esta ciudad, ó creyó político hacerlo creer así.

Los alejandrinos habían tomado partido por Pescenio, y puesto sobre sus puertas este rótulo: «Esta ciudad pertenece á Niger, nuestro amo y señor.» Cuando llegó Severo, le dijeron: «Sí, lo escribimos ciertamente, pero siempre en el supuesto de que tú eras el amo y señor de Niger.»

El emperador no exigió más para perdonarlos, y les devolvió el senado y los magistrados municipales de que Augusto los desposeyera, revisó sus leyes, restringió á la jurisdicción voluntaria las funciones del *jurídico* romano, que de dos siglos atrás venía siendo el juez supremo en Alejandría, y para señalar su confianza en esta provincia, revocó la regla establecida por el primer emperador de que el ejército no pudiera tener por gobernador más que un prefecto de orden ecuestre. En fin, dotó á la ciudad de un gran gimnasio y de un magnífico templo, que llamó, como el de Agripa en Roma, el Panteón.

Severo, á ejemplo de Trajano y Adriano, era un gran constructor, y el Egipto no era á propósito para quitarle la afición á las construcciones monumentales.

El extraño país había hecho en el ánimo del imperial viajero la impresión acostumbrada. Más tarde se despertaban en su ánimo los recuerdos de Egipto y se complacía en las maravillas que había visto en la tierra de los Faraones. El culto de Serapis, cuyos santuarios encontrara en todas partes (2), lo atrajo particularmente, causándole viva impresión aquella poderosa síntesis de doctrinas diferentes,

que el uso de esta escritura subsistió hasta el siglo sexto (*Journal des savants*, 1843, p. 464). Hay inscripciones en que los griegos se llaman grabadores de jeroglíficos (Letronne, *Inscrip. d'Égypte*, t. II, página 475).

(1) Los últimos descubrimientos de Mariette en Carnac prueban que los Faraones legaron á sus sucesores un conocimiento del valle superior del Nilo más completo de lo que se creyera. Los ejércitos de Thutmes III penetraron ciertamente hasta el cabo Ras-Afun, al Sur del cabo Guardafú, y probablemente en el interior de las tierras más allá de Khartum, y Tolomeo habla de tres grandes lagos ecuatoriales. Sin embargo, Am. Marcelino (XXI, 15) daba por imposibles de encontrar las fuentes del Nilo;... *postera ignorabunt atates*. Inscripciones nubias hacen constar que los Blemyes y los Axumitas estaban sujetos á Severo.

(2) El retórico Aristides cuenta 43 en Egipto. Para él, Serapis es el dios que domina la tierra y el mar, la luz y las sombras, la vida y la muerte.

con que procuraban los paganos dar satisfacción á las ideas entonces dominantes de unidad divina y de salud para el dios «señor de la luz y de las sombras, de la vida y de la muerte.» Macrobio ha conservado esta respuesta de un oráculo de Serapis: «¿Quién soy? Soy el dios que voy á decir: la bóveda del cielo es mi cabeza; el mar mi vientre; la tierra mis pies; la región eterna mis oídos, y por ojos tengo la brillante antorcha del sol, que lleva su mirada á todas partes.»

Serapis representaba pues la divinidad en que todas las otras se confundían; unido á Isis «la diosa de los mil nombres,» era la fuerza que fecunda y la naturaleza que concibe; pero era también el dios que aseguraba la salud sobre la tierra y en el cielo. Los peregrinos llenaban sus templos, cuyas paredes desaparecían bajo los ex-votos, y sólo se hablaba de sus curaciones milagrosas, mientras las viejas deidades permanecían tristes y silenciosas en sus solitarios altares.

Severo y los suyos parecían inclinados á su culto. Caracalla, á lo menos, le consagró muchos templos en Roma, particularmente cerca del Coliseo, un santuario de Isis y Serapis, que dió su nombre á aquella parte de la ciudad (3); y cuando se recuerda que Severo construyó un Panteón en Alejandría, se inclina uno á creer que fué inspirado por una idea de sincretismo religioso al dar el nombre de todos los dioses al templo que en su pensamiento dedicaba al único principio divino. Así se precisaba aquel nuevo paganismo que hemos mostrado en vías de formación en el siglo precedente y que preparaba las vías al Jehovah mosaico.

A pesar de las preocupaciones religiosas, no fué Severo en Egipto más favorable á las disputas teológicas que lo había sido en Palestina. Sacó de todos los santuarios los libros que contenían las doctrinas secretas, aquellas con que se nutrían las asociaciones tenebrosas de que solían salir las rebeliones. No destruyó estos libros, pero los cerró en el sepulcro de Alejandro á fin de que nadie pudiera leerlos.

Era un verdadero romano, uno de esos hombres de espada y de gobierno que no están por las cosas que no pueden resolver nunca la espada y que turban é inquietan siempre á los gobiernos. Pero era también hombre de ánimo elevado: entre aquellos libros había uno, que en vez de proibir, admiró él ciertamente, el *Libro de los Muertos*, que encontramos con las momias de que era como la voz más allá del sepulcro. En él se leen palabras como estas:

«Cuando la inteligencia, principio divino, entra en un alma humana, procura arrancarla á la tiranía del cuerpo y elevarla á sí. Con frecuencia triunfa... Entonces las pasiones dominadas vienen á ser virtudes, el alma desprendida de sus lazos, aspira al bien y adivina los esplendores eternos á través del velo de la materia que oscurece su vista.

«Cuando el hombre muere en la tierra, comparece su alma ante Osiris, el cual pesa sus acciones en la balanza infalible. Si la encuentra culpable es entregada á las tempestades y remolinos de los elementos conjurados hasta

(3) La tercera. El culto de Isis se había introducido subrepticamente en Roma desde los tiempos de la segunda guerra púnica (Valerio Max. I, 11, 3) y dos siglos antes de nuestra era poseía Delfos un *Serapeion*, que nuestra escuela de Atenas acaba de encontrar (*Bull. de corr. Hellén.*, 1882, p. 306). Cómodo fué un fervoroso adorador de Isis (Lampridio, *Com.* 9).



Serapis, en un broncedéSeptimio Severo acuñado en Tolemaida.

que pueda entrar en un cuerpo que á su vez tortura, abruma de males y precipita al asesinato y á la locura.»

El malo es un condenado que expía en esta vida las faltas de una existencia anterior.

Pero el cielo se abre para el alma que ha podido decir á su juez:

«He seguido las vías de la justicia y la verdad; jamás se ha levantado una queja contra mí: he amado á mi padre y á mi madre; he sido la alegría de mis hermanos y el amor de mis sirvientes; no he cometido ningún fraude ni abominación; el operario no hizo por mí más trabajo al día del que debía hacer. No he dicho mal del esclavo al oído de su amo, ni echado del prado al ganado, ni cometido adulterio ni fornicación. Estoy pura, estoy pura.»

Más aún:

«No he mentido ni hecho daño á nadie, antes bien he sembrado en torno de mí la alegría, dando pan al hambriento y agua al sediento y vestido al desnudo.

»Entonces esta alma pura se lanza á través de los espa-

cios desconocidos; su ciencia crece, su poder se aumenta y recorre las celestes moradas y hace en los campos de Aalu la labor mística...

«Por fin brilla para el alma pura el claro día de la dicha eterna y se mezcla con la multitud de los dioses en la adoración del Ser perfecto, viendo á Dios cara á cara y abismándose en él (1).»

Lo que el viejo Egipto había guardado tanto tiempo para sí solo se propagaba por el mundo. Aquel país de que Bossuet ha dicho, juzgando por las apariencias, «que todo era Dios, excepto Dios mismo», enseñaba la unidad divina, el juicio de los muertos y las eternas beatitudes ganadas con los méritos de la vida. De Menfis, de Jerusalén, de Palmira, de más lejos aún, partía una corriente de ideas en ciertos aspectos análogas, que encontraban otra proveniente de Atenas y de Roma y se mezclaban las dos. En sus aguas confundidas iba á navegar, primero con precaución y sin ruido, y después á velas desplegadas, la barca de San Pedro llevando la cruz triunfante.

CAPÍTULO LXXXIX

GOBIERNO DE SEPTIMIO SEVERO (193—211)

I.—LA CORTE.—PLAUCIANO Y JULIA DOMNA.

Pacificado y organizado el Oriente, volvió Severo á Italia por el Asia Menor y la Tracia. Como Adriano, no tenía ninguna prisa en respirar de nuevo aquella atmósfera de intrigas, pareciéndole más útil inspeccionar aquella frontera del Danubio, que no había visto hacía nueve años, y los ejércitos de la Mesia y la Panonia, á los cuales debía su elevación. «Por todas partes, dice Herodiano, restableció el orden en las provincias.» Y admitimos la afirmación como muy fundada; mas por desgracia nos es imposible probarla con hechos.

A mediados del año 202, décimo de su gobierno, entró por fin Severo en Roma. En tales ocasiones se renovaban antiguamente los poderes imperiales, *sacra decennialia*; pero hacía mucho tiempo que se había renunciado á esta misticación. La solemnidad no era más que un aniversario celebrado con fiestas pomposas. Severo añadió una liberalidad de cincuenta millones de dracmas (2) que se repartieron á razón de 1000 sestericios por plaza entre los pretorianos y todos los que recibían trigo del Estado. El príncipe tuvo también su parte, y se le elevó en el Capitolio un arco de triunfo que todavía subsiste. Sus proporciones son bellas; pero esculturas multiplicadas con exceso anuncian la decadencia del arte, pues más bien parece obra de operarios que de artistas. En el ático una larga inscripción recuerda que se construyó el monumento en honor del príncipe «que ha fortalecido el Estado y engrandecido el imperio.»

Dos años después se celebraron los juegos seculares que valieron al pueblo y á los soldados nuevos donativos. Los heraldos recorrieron la ciudad y la Italia haciendo esta pro-

clamación: «Venid á unos juegos, que no volveréis á ver.» Los últimos fueron costeados por Domiciano el año 88. Entre dos de estas fiestas se dejaban pasar tres generaciones. La de Severo era ya la octava que los romanos celebraban.

En aquel tiempo había en Roma un hombre casi tan poderoso como el mismo emperador: el prefecto del pretorio, Plauciano. Se recordará que Augusto había dividido, al parecer, el gobierno, abandonando una parte al senado y reservándose otra, y que había establecido dos clases de funciones, unas de orden senatorial, otras de orden ecuestre. En la cúspide de la primera jerarquía estaba el prefecto de la ciudad y en la cima de la segunda el prefecto del pretorio. Esta división no era seria y la verdad apareció muy luego: el emperador fué políticamente lo que en el estado de las costumbres debía ser, todo. Hizo sucesivamente pasar á su consejo, compuesto de senadores, jurisconsultos y jefes de la cancillería imperial, casi toda la autoridad legislativa, judicial y administrativa del senado, con lo cual este cuerpo no conservó más función que la de registrar las decisiones tomadas por el consejo.

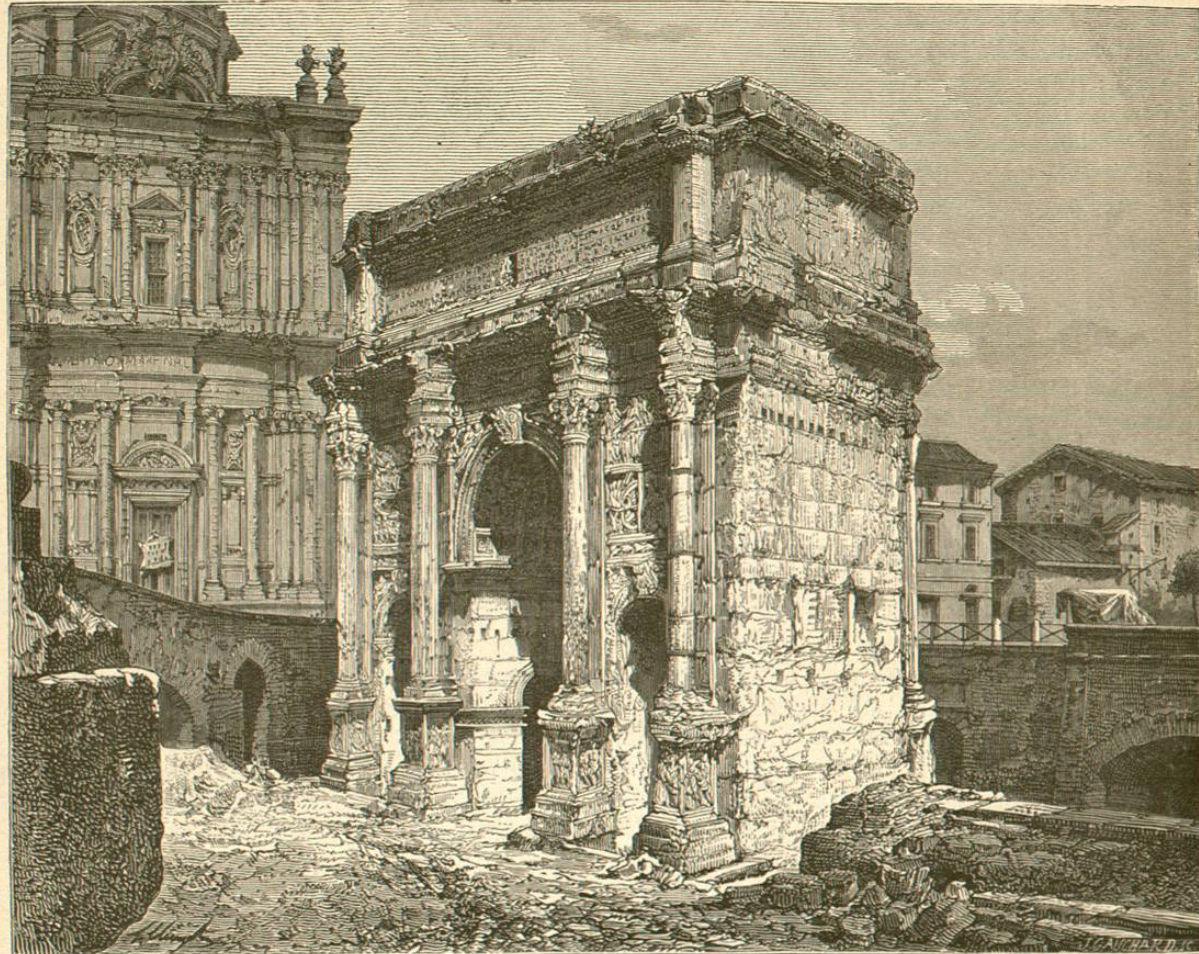
El funcionario que gozaba la confianza imperial, pues tenía en sus manos la vida del príncipe, fué el que ganó más en este cambio. Al principio, el prefecto del pretorio no tenía más cuidado que vigilar por la seguridad del *imperator*, que á este efecto lo había investido de la jurisdicción militar sobre todas las tropas estacionadas en Italia (3). Los griegos le llamaban la *espada del rey*, y se colocaba detrás del príncipe en las expediciones de guerra. Pero el emperador se sirvió de esta espada para toda clase de oficios. ¿Se necesitaba detener á un acusado, ejecutar á un culpable, matar á un inocente, ó sólo hacer una información previa? Pues allí estaban los pretorianos; ellos y su jefe debían al príncipe la obediencia militar en todo lo que

(1) Maspero, *Revista crítica* de 1872, p. 338.

(2) Dion, LXXVI, 1. Esta largueza supone doscientas mil partes que recibieron su contingente.

(3) Excepto las cohortes urbanas que dependían del *praefectus urbis* (Dion, LII, 24).

mandaba. La jurisdicción criminal del prefecto se extendió al principio de los soldados á los esclavos y poco á poco lo invadió todo. El que en otro tiempo no era más que la espada del príncipe, vino á ser el compañero de sus trabajos, su apoyo (1), y en mil casos su representante, *vice sacra agens*, como se dirá más tarde. Entró en el consejo, que presidía en ausencia del emperador, tomaba parte en todos los negocios, ya para el consejo, ya para la ejecución, asistía al príncipe en sus juicios, lo reemplazaba por delegación, aun en la jurisdicción civil, y recibía por él las apelaciones. Alejandro Severo dará muy pronto fuerza de



El arco triunfal del emperador Septimio Severo en Roma

predecesores de los visires de los sultanes, que tienen en una mano el sello del príncipe y en otra el estandarte del imperio.

Tal era la autoridad que Perennis había tenido en tiempo de Cómodo y que Plauciano ejerció en el reinado de Severo. Como sólo era un reflejo de la autoridad imperial, conviene entrar en desconfianza, respecto de ciertas acusaciones vagamente hechas contra prefectos que ejercían su cargo bajo la mano de verdaderos emperadores. Príncipes solícitos del interés público podían permitir grandes severidades; pero no hubieran autorizado crímenes. Esta observación es particularmente necesaria para juzgar á Plauciano.

De humilde condición, pero africano como Severo y acaso de su misma familia (2) lo había seguido en todas

(1) *Socius laborum* (Tácito, *Ann.* IV, 2) et *adjutor imperii*.

(2) Su nombre era Cayo Fulvio Plauciano. Como la madre de Severo se llamaba Fulvia Pia y su abuelo Fulvio Pio, Reimar deduce (*ad Dion.* LXXV, 14) que Plauciano era de la familia imperial. En

ley á sus decisiones. Tenía pues un poder indeterminado y por consiguiente sin límites, y venía á ser así una especie de primer ministro, de magistrado supremo y en cierto modo el jefe del ejército, porque hacía las veces de intendente para las provisiones militares, de inspector para las revistas de las armas y el buen estado de los almacenes y depósitos, de mayor general, en fin, para las operaciones. La costumbre de componer el ejército activo de destacamentos tomados de diversas legiones y de poner á la cabeza de estos cuerpos jefes sin mando territorial, había hecho necesaria esta nueva función de los prefectos. Son los

sus guerras á la cabeza de los guardias, y en el intervalo de las expediciones, volvía sin duda á Roma, donde el emperador tenía necesidad de un hombre con quien poder contar. La autoridad del cargo se aumentaba pues con la absoluta confianza que Severo ponía en el que estaba revestido de ella.

Con todo eso, el favorito estuvo un día muy cerca de una mortal desgracia. Se había dado orden de derribar las estatuas que se había hecho levantar cerca de las imágenes de la familia imperial, y Severo había pronunciado ya la palabra terrible de enemigo público, que se repitió muy pronto. Pero Plauciano volvió á la imperial gracia, y el príncipe tan terrible para otros, se propuso hacerle olvidar este instante de cólera colmándolo de favores y dándole mil pruebas públicas de estimación.

ciertas inscripciones se dice *ad finis DD. NN.* (C. I. L. III, 6075; V, 2821; en otras *Augg. necessarius et comes per omnes expeditiones eorum* (C. I. L. V, 1074). Otra inscripción, el n.º 226, lo comprende en la casa divina y su nombre sigue á los de los augustos, del César Geta y de la emperatriz Julia.

Habiendo dicho un orador en el senado: «Antes que Severo maltrate á Plauciano, se hundirá la bóveda del cielo. — Tiene razón ese hombre, dijo el príncipe aparte á los senadores sentados á su lado. Es imposible que yo haga ningún daño á Plauciano y deseo morir antes que él.»

Lejos de maltratarlo, había infringido en su favor una



Plautilla, mujer de Caracalla (Busto de mármol, en el Louvre)

regla establecida por Augusto nombrando dos veces cónsul al jefe de los pretorianos (1), y con la idea de asegurar á su hijo un gafa experimentado, hasta hizo de Plauciano el suegro del futuro emperador.

Dion refiere que vió llevar al palacio la dote de Plautilla «la nueva Juno,» y que hubiera podido bastar por su cuantía á cincuenta hijas de reyes.

Dicho se está que el prefecto nadaba en una opulencia real, y todos los órdenes, el senado, el pueblo, el ejército competían en baja adulación para con él. Si no se atrevían á erigirle estatuas tan grandes como las del príncipe, lo llamaban el pariente de los Augustos, y juraban por él como por un dios, orando por él en los templos con tanto más fervor cuanto menos parecía que necesitara gracia ninguna.

Ahora bien, ¿abusó Plauciano de esta omnipotencia, más peligrosa en manos de un ministro que en las de un príncipe?

Dion lo acusa de muchas necedades y de todos los crí-

(1) Plauciano no había tenido al principio más que las insignias consulares, pero Severo se las contó como un consulado efectivo (*Dion.* LXXV, 15; C. I. L. VI, 220). La regla de Augusto se había ya infringido. Clemente en tiempo de Domiciano (*Tácito.* *Hist.* IV, 68) y Taciano en el de Adriano (*Esparciano.* *Hadr.* 8) habían sido á la vez prefectos del pretorio y senadores. Alejandro Severo decidirá muy pronto, en contra de la constitución de Augusto, que la prefectura del pretorio sea un cargo senatorial.

menes sin precisar nada ó precisando demasiado. Por ejemplo, le hace robar «los caballos del sol, semejantes á tigres, que conservaba en una isla del mar Rojo.» En rigor, puede entenderse que estos caballos tigres no eran sino cebras. Pero cuando refiere que Plauciano hizo arrebatar cien romanos, de condición libre, casados y padres de familia, que los sometió á un horrible suplicio para dar á su hija un cortejo, como lo tienen las mujeres de Oriente, y añade: «Esto no se supo hasta después de su muerte,» tenemos el derecho de decir que se hizo el eco inconsciente de una de esas vulgares y disparatadas calumnias que persiguen en su caída á los poderosos. Semejante ejecución no se consumaría en el silencio, ni el prefecto hubiera podido arrostrar impunemente con su crimen una constitución imperial, siempre en vigor, ni menos la indignación pública sublevada por las mujeres y los hijos de las víctimas.

Sus grandes riquezas harían creer en grandes rapiñas; pero el príncipe que había heredado los cuantiosos bienes de los Antoninos, de Niger y de Albino, dió larga participación á Plauciano en las numerosas confiscaciones que pronunció.

Este africano no era más escrupuloso que su amo para derramar sangre. Después de la victoria de Lyon, decidió la perdición de la familia de Niger, que el vencedor había perdonado al principio. Desde la muerte de Albino, la nobleza hacía aún mudas imprecaciones, pero no tenía bas-



Juno (Estatua del Museo de Nápoles)

tante entereza para formar conspiraciones: él las supuso donde le pareció y cayeron nuevas víctimas. Cuesta haber de representarse á Severo como un príncipe indolente des-